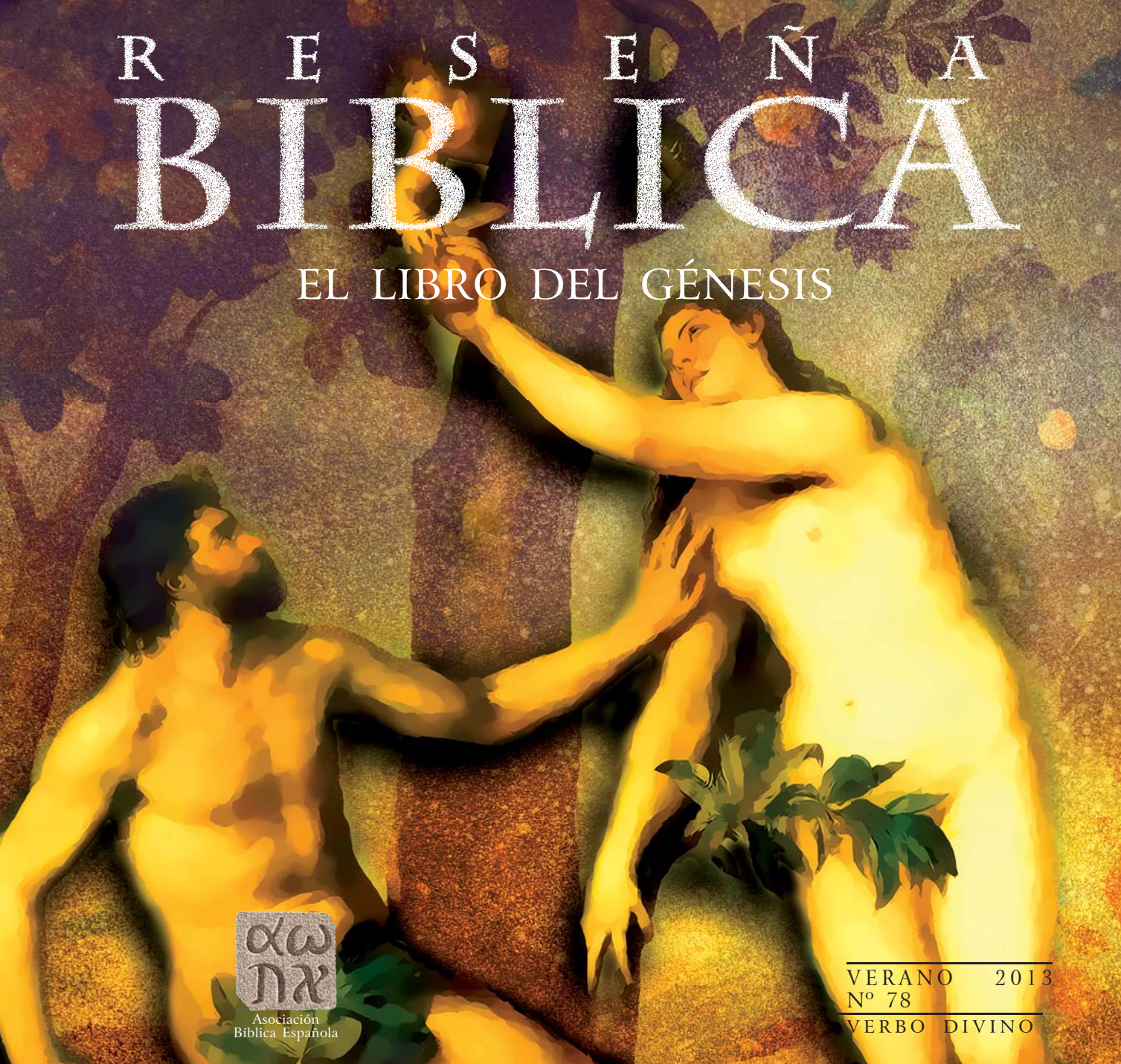


R E S E Ñ A B I B L I C A

EL LIBRO DEL GÉNESIS



Asociación
Bíblica Española

VERANO 2013
Nº 78
VERBO DIVINO

ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA



VERBO DIVINO

VERANO 2013 • Nº 78

CÓMO LEER EL GÉNESIS

Coordinador: Félix García López

EDITORIAL	Pág. 2	La historia de José (Gn 37,2–50,26).....	Pág. 39
SECCIÓN MONOGRÁFICA		Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO	
¿Cómo leer el libro del Génesis?	Pág. 5	Las mujeres en el libro del Génesis.....	Pág. 47
Félix GARCÍA LÓPEZ		Nuria CALDUCH-BENAGES	
Dios como creador y «destructor» (Gn 1–11)	Pág. 13	SECCIÓN ABIERTA	
José Luis BARRIOCANAL GÓMEZ		Testigos de Dios en el Antiguo Testamento.....	Pág. 57
El itinerario de Abrahán (Gn 11,27–25,11).....	Pág. 21	Juan Antonio MAYORAL LÓPEZ	
Jesús GARCÍA RECIO		SECCIÓN DIDÁCTICA	
Andanzas y aventuras de Jacob (Gn 25,19–35,29).....	Pág. 31	Personajes e historias del libro del Génesis	Pág. 64
Cristóbal SEVILLA		Juan CARLOS GARCÍA DOMENE	
		SECCIÓN INFORMATIVA	
		Boletín bibliográfico	Pág. 70
		Noticias	Pág. 70

Editorial

La lectura del libro del Génesis nos introduce en el mundo fascinante de los orígenes del universo y de la humanidad. Un mundo de paraísos utópicos, de catástrofes universales, de torres que llegan al cielo, de héroes extraños y de animales fabulosos que hablan la lengua de los humanos. Un mundo legendario, con seres misteriosos que tan pronto prometen un hijo a una mujer estéril como convierten a otra en una estatua de sal. Un mundo ficticio e irreal en ocasiones, pero también un mundo habitado por seres humanos normales, con sus virtudes y defectos, sus gozos y sombras, y por animales y plantas tan reales como los del mundo actual.

El libro del Génesis se sitúa «al principio» del mundo y de la humanidad (Gn 1,1). La pregunta por los comienzos subyace en numerosos textos. ¿Quién creó el cosmos? ¿Cómo surgieron el hombre y la mujer? ¿Cómo irrumpió el mal en el mundo? ¿Cómo nacieron los pueblos, las razas, las lenguas, la cultura...? A estas y otras cuestiones, los textos del Génesis responden básicamente de dos formas: mediante narraciones, más o menos extensas, y mediante genealogías. Unas y otras se entrelazan, formando el cuerpo del libro.

Entre las narraciones destacan, en la primera parte del Génesis, la creación (Gn 1,1-2,4a), el paraíso y el pecado (Gn 2,4b-3,24), Caín y Abel (Gn 4,1-15), el diluvio (Gn 6-9) y la torre de Babel (Gn 11,1-9). Y, en la segunda parte, la historia de Abrahán, caracterizada por una trama episódica (cf. Gn 12-25*); la historia de Jacob, con una trama más sostenida (cf. Gn 25-35*), y la historia de José, un relato novelado con una trama unificada (cf. Gn 36-45*).

Las genealogías, a su vez, trazan un gigantesco árbol genealógico, que se extiende desde Adán hasta Jacob. Desde esta perspectiva, el Génesis es la «historia» de una gran familia, la familia de Adán o familia humana, que en última instancia debe su existencia a Dios. Evidentemente, Dios es el personaje principal del libro. Su presencia, sus palabras y sus acciones son decisivas en todo momento.

El presente número de *Reseña Bíblica* tiene por objeto introducir a sus lectores, de manera clara y sencilla, en el vasto mundo del Génesis. Aparte del primer artículo, que ofrece una orientación general sobre cómo leer el libro del Génesis, los artículos restantes giran en torno a los personajes más significativos del libro,

comenzando por Dios y siguiendo por Abrahán, Jacob y José, y llegando al final a las mujeres. De unos y otras dan razón reconocidos especialistas del Antiguo Testamento, profesores en distintos centros universitarios españoles o extranjeros.

José Luis Barriocanal, afincado en la Facultad de Teología de Burgos, autor de una monografía sobre la imagen de un Dios violento, traza aquí los rasgos más salientes del Dios creador y –aparentemente– destructor que aparece en los once primeros capítulos del Génesis.

Jesús García Recio, director del Instituto Bíblico y Oriental de León, presenta a Abrahán como «el amigo de Dios» y recorre su itinerario humano y espiritual metiéndose y metiéndonos de lleno dentro del personaje.

Cristóbal Sevilla, profesor del Instituto Teológico San Fulgencio de Murcia, sigue las andanzas y las aventuras más variopintas e intrigantes de Jacob, un gran patriarca y también un gran «pillo», pero elegido por Dios.

Enrique Sanz Giménez-Rico, profesor de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid), nos enriquece con la historia de José interpretada como «un canto al Dios providente» y «un canto a la reconciliación».

Nuria Calduch-Benages, arraigada en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, describe la situación de las mujeres del Génesis agrupándolas en tres categorías: las matriarcas, las esclavas y las extrañas, reservando un puesto de honor a Eva, «la madre de los vivientes».

Que el Dios creador, que ha ayudado a los autores de estos artículos a recrear algunas de las figuras señeras del libro del Génesis, ayude también a los lectores de este número de *Reseña Bíblica* a impregnarse de sus abundantes y enriquecedoras enseñanzas.



Félix García López

¿CÓMO LEER EL LIBRO DEL GÉNESIS?



Félix García López

A lo largo de la historia, el libro del Génesis ha sido objeto de las más variadas lecturas. Aquí centraremos la atención en tres: la primera considera el Génesis como «una obra literaria», admirando la belleza estética y artística de sus textos; la segunda lo interpreta como «un documento histórico» del pasado; la tercera percibe el libro como «un acontecimiento religioso» de Dios, que viene al hombre para iluminarlo y salvarlo con su palabra. Estas tres lecturas, lejos de excluirse, se complementan y ayudan a comprender mejor el libro en toda su pluralidad.

«La Biblia comienza cuando comienza el tiempo, con la creación del mundo; finaliza cuando finaliza el tiempo, con el Apocalipsis, y narra la historia humana que transcurre entre ambos momentos, o el aspecto de la historia en la que está interesada, con los nombres simbólicos de Adán e Israel» (N. Frye, *The Great Code. The Bible and Literature*, p. XIII).

El Génesis es el libro de los comienzos. Narra las primeras etapas de la historia del mundo, desde la creación del cosmos hasta la muerte de José. El nombre del libro deriva de la traducción griega de Gn 2,4a: «Este es el libro de los orígenes [*genesis*] del cielo y de la tierra». En la versión griega de los Setenta, el primer libro de la Biblia recibe el nombre de *Génesis*, de donde pasa a la versión latina de la Vulgata y posteriormente a las lenguas modernas. En el original hebreo se denomina con la primera palabra del libro: *Beresit* («Al principio»). En cualquiera de los títulos queda de relieve que se trata de un texto acerca de los orígenes.

El libro del Génesis se puede leer e interpretar desde distintos puntos de vista. Unos lo consideran como una *obra literaria*, recreándose en sus elementos estéticos y artísticos. Otros como un *documento* de tipo histórico que ayuda a reconstruir el pasado. Otros, en fin, como un *acontecimiento* de Dios, que viene a los hombres en su palabra creadora y salvadora. En el fondo de estas interpretaciones y lecturas late la idea de que el Génesis es el resultado de un triple proceso: literario, histórico y religioso. Tres aspectos que, lejos de excluirse, se complementan.

I. Una obra literaria

A) NARRACIONES Y GENEALOGÍAS

El libro del Génesis es una composición literaria formada principalmente por narraciones y genealogías. Las narraciones bíblicas suelen tener visos de histori-

cidad. Los acontecimientos están dispuestos cronológicamente, lo que no convierte a sus respectivas narraciones en una crónica transparente de los mismos.

- Las narraciones del Génesis versan sobre el origen del mundo y de la humanidad (caps. 1–11) y sobre los orígenes de Israel (caps. 12–50). Las primeras poseen algunos rasgos míticos, como ocurre en los textos correspondientes de las literaturas del entorno. Las otras, en cambio, tienen cierto carácter legendario. Se trata de narraciones más bien cortas, de tipo popular y familiar, relativas a los antepasados de Israel, en las que sobresalen una serie de personajes que suelen estar al servicio de la trama.

Entre los personajes de los once primeros capítulos destacan Adán y Noé. El término «Adán» unas veces se refiere al ser humano en general (1,26.27; 2,7.15) y otras al primer hombre (4,1.25; 5,1.3). Noé es el prototipo de hombre justo, que obtiene el favor de Dios y hace todo lo que él le manda (6,8.22). Si Adán representa a la humanidad creada por Dios, Noé es el representante de la humanidad salvada por Dios. Protagonistas de los caps. 12–50 son Abrahán, Isaac, Jacob y José. La historia de Abrahán está determinada por la promesa, de la que dependen también sus descendientes próximos y lejanos. Isaac es el hijo de la promesa y Jacob el elegido por Dios para continuar las promesas. José es presentado como un modelo de sabiduría, que triunfa en todo cuanto emprende, porque Dios está con él (39,23; 41,39). Algunas figuras femeninas, como Eva, Sara, Rebeca, Lía y Raquel, juegan también un papel relevante en las narraciones. La historia de todos los personajes humanos aparece marcada por la intervención divina.

Dios es el protagonista por excelencia de todo el libro. Nada más normal, tratándose de un libro religioso. Su presencia es constante; sus palabras y acciones, decisivas. En los momentos cruciales interviene siempre. El Dios del Génesis aparece, en primer lugar, como *el Dios creador*. A diferencia de todos los demás personajes

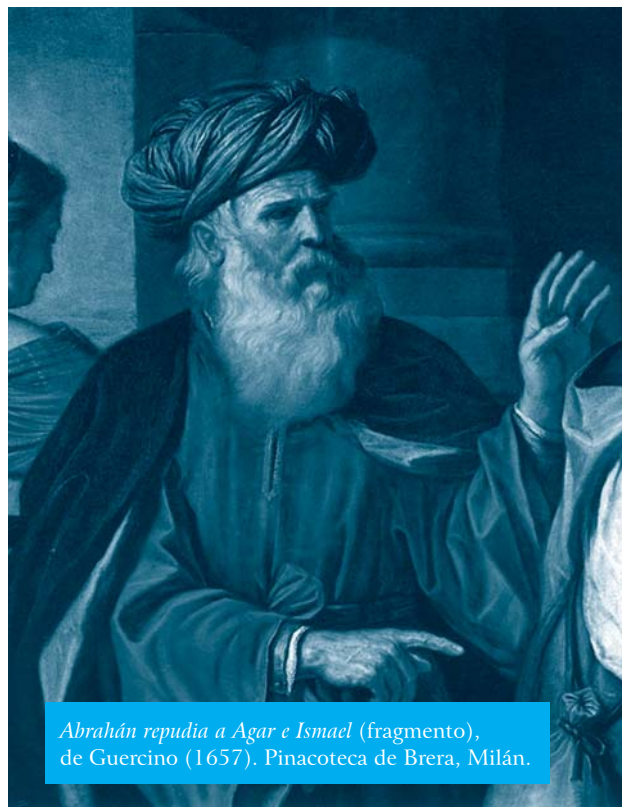
del libro, el Dios creador no tiene genealogía ni pasado: carece de historia. Esto le convierte en un ser totalmente diferente. Dios no entra en escena como los otros personajes, sino que crea la escena. Así se acredita como el creador, el director y el señor del mundo. La creación provee la matriz dentro de la cual actúa Dios. En Éx 3,6.15, Yahvé se define a sí mismo como «el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob», es decir, el Dios de los antepasados de Israel (Gn 12–50). El Génesis testimonia los comienzos de la actividad de Dios en el mundo y en la historia de la humanidad.

Con *Abrahán* comienza una nueva etapa en la historia de la salvación. Desde los primeros pasos de la humanidad, la historia avanza hacia Abrahán, de quien Dios hará «una gran nación» (Gn 12,2). Abrahán es el padre de una multitud de naciones. Lo que hace de Abrahán un personaje realmente distinto y singular es la llamada de Dios a romper con su pasado (12,1) y a emprender una nueva aventura (12,2-3), a la par que su fe y obediencia al mandato divino (12,4). Las narraciones sobre Abrahán no intentan ofrecer una biografía del personaje. Son en gran parte legendarias y teológicas.

El nombre de *Jacob* se intercambia a menudo con el de *Israel*: «Ya no te llamarás Jacob, sino Israel», leemos en Gn 32,28. Los episodios relativos a su nacimiento y juventud (Gn 25,21-34; 27,1-40), a su huida y a su encuentro junto a un pozo con su futura esposa (27,41-45; 29,1-14), a su matrimonio y al nacimiento de sus hijos (29,15–30,24), así como a su retorno y a su encuentro con Esaú (31,1–32,22; 33,1-20), acreditan su personalidad individual, a la vez que le van convirtiendo en el héroe epónimo de Israel. En los rasgos individuales de Jacob se pueden percibir algunos componentes esenciales del pueblo de Israel. La historia de Jacob (Gn 25–50*) conduce a la historia del pueblo, que comienza en el libro del Éxodo. La tradición no ha conservado un retrato «hagiográfico» de Jacob. Al contrario, Jacob aparece desde el comienzo marcado por la

ambigüedad (Gn 27,18.36). Con todo, Jacob/Israel es el elegido por Dios, a quien debe su posición especial frente a su hermano y a las naciones.

Una de las notas más destacadas de estos personajes es su carácter itinerante. Así, gran parte de la vida de los *patriarcas* transcurre errando de un lugar a otro (cf. Dt 26,5). Su itinerario cubre un amplio radio, que va desde Ur de los caldeos (Gn 11,28), en Mesopotamia, hasta Egipto (Gn 46,6-7), pasando por Jarán (Gn 11,31) y Canaán (Gn 12,5), donde residen la mayor parte del tiempo y donde cambian frecuentemente de lugar (Gn 12,5-9; 13,3.17s; 20,1...). La meta y el



Abrahán repudia a Agar e Ismael (fragmento), de Guercino (1657). Pinacoteca de Brera, Milán.

objetivo de los itinerarios de los patriarcas y de sus descendientes es la tierra de Canaán.

• Las *genealogías* son listas de antepasados de una persona o de un grupo humano. En las culturas del antiguo Oriente Próximo, las genealogías servían para legitimar las dinastías reales. Análogamente, las genealogías del Génesis tienen la función de trazar distintas líneas familiares, a la par que legitimar la línea principal, que camina inexorablemente desde Adán hasta Jacob y sus hijos, los antepasados de las doce tribus de Israel.

A pesar de las diferencias formales y de contenido, las genealogías y las narraciones del Génesis poseen un elemento esencial en común: su interés por las cuestiones familiares. Las genealogías son un tipo especial de exposición en el que tanto la continuidad en el tiempo como la unión de los grupos se expresan mediante los lazos de sangre: en la procedencia de un padre y en la relación con unos hermanos. Desde esta perspectiva, la humanidad es presentada como una gran familia.

Las listas genealógicas parten de una perspectiva universal, que se va restringiendo progresivamente hasta centrarse en Abrahán y sus descendientes. A juzgar por el espacio consagrado a los orígenes del mundo y de la humanidad –apenas once capítulos– y el concedido a los orígenes del pueblo de Israel –nada menos que los treinta y nueve capítulos restantes–, parece evidente que el interés por el segundo aspecto predomina sobre el primero.

Detrás de las genealogías y de las narraciones del Génesis late la vida de los individuos y de los pueblos, en especial la de Israel. Los estudios histórico-críticos, con ayuda de la arqueología, de las literaturas del antiguo Oriente Próximo y de otros medios a su alcance, han tratado de determinar la época correspondiente a los

textos del Génesis. Empresa harto difícil, debido a la misma naturaleza de los textos, que han sido redactados muchos siglos después de los acontecimientos y de los personajes de referencia.

Las diez secciones encabezadas por las «fórmulas toledot» se pueden dividir en dos apartados principales: orígenes del mundo (1,1–11,26) y orígenes de Israel (11,27–50,26).

B) ESTRUCTURA Y DIVISIONES

Uno de los rasgos más salientes del Génesis lo constituyen las «fórmulas toledot». El término hebreo *toledot* básicamente significa «descendientes», pero puede traducirse también por «historia» (en el sentido amplio de la palabra). Dichas fórmulas se repiten diez veces en el Génesis, con un valor estructural. Sin lugar a dudas, tales fórmulas son la mejor señal lingüística para estructurar y dividir todo el libro, como muestra el esquema siguiente:

1. Historia del cielo y de la tierra (2,4).
2. Descendientes de Adán (5,1).
3. Historia de Noé (6,9).
4. Descendientes de los hijos de Noé (10,1).
5. Descendientes de Sem (11,10).
6. Descendientes de Téraj (11,27).
7. Descendientes de Ismael (25,12).
8. Descendientes de Isaac (25,19).
9. Descendientes de Esaú (36,1).
10. Descendientes de Jacob (37,2).

De las diez fórmulas anteriores, cuatro van seguidas por genealogías narrativas (3.6.8.10) y otras cinco por genealogías enumerativas (2.4.5.7.9). La primera fórmula (cf. Gn 2,4a) encabeza también una narración, aunque en realidad funciona más bien como puente entre las narraciones de 1,1–2,3 y de 2,4b–4,26, remitiendo tanto a lo que precede como a lo que sigue. Además, es la única que no se refiere a un personaje. Desde esta perspectiva, el Génesis aparece como un entrelazado de narraciones y genealogías.

En cuanto a los personajes mencionados en las «fórmulas *toledot*», puede sorprender el hecho de que figuren Téraj e Isaac y no aparezcan Abrahán o José, a pesar de que las narraciones dan más importancia a estos que a aquellos. Conviene tener en cuenta que en las tres últimas genealogías narrativas no se trata tanto de los personajes que encabezan la narración cuanto de sus descendientes, especialmente del descendiente más importante. Así, entre los descendientes de Téraj sobresale Abrahán, que es el personaje central de 11,27–25,11. Entre los descendientes de Isaac destaca Jacob, que pasa al centro de 25,19–35,29, y, entre los descendientes de Jacob, ninguno tan destacado como José, el verdadero protagonista de 37,2–50,26. No ocurre lo mismo en 6,9–9,29, la otra genealogía narrativa, donde Noé supera en protagonismo a sus descendientes.

Estas observaciones acentúan las diferencias ya notadas entre las dos primeras genealogías narrativas y las tres restantes. En consecuencia, las diez secciones encabezadas por las «fórmulas *toledot*» se pueden dividir en dos apartados principales, integrados por cinco secciones cada uno: 1) orígenes del mundo y de la humanidad (1,1–11,26), y 2) orígenes de Israel (11,27–50,26).

2. Un documento «histórico»

Por regla general, las narraciones del Génesis tienen un marcado carácter histórico. No es casual que los acontecimientos se hallen dispuestos en una secuencia cronológica, lo que no significa que sean una crónica de lo «realmente» sucedido; se trata más bien de relatos con apariencia de crónicas.

Influidos por los estudios modernos sobre la literatura de ficción, algunos autores definen este tipo de narraciones bíblicas como «ficción historiada» o como «historia-ficción». Aunque se cambien los sustantivos y los adjetivos, la realidad no varía: las narraciones bíblicas tienen un objetivo y un trasfondo histórico, pero

no son historia en el sentido moderno de la palabra. La «historia bíblica» no se puede interpretar en el sentido ciceroniano clásico de la «historia» como «memoria del pasado». El pasado se recuerda en tanto en cuanto de él se pueden extraer lecciones para el presente y para el futuro.

La tendencia actual a fechar tardíamente los textos del Pentateuco incita a desconfiar de su credibilidad histórica. Mientras más tardíos sean los documentos, más se alejan de los acontecimientos a los que se refieren, disminuyendo la seguridad de que ofrezcan información histórica. Los enfoques neo-historicistas de la literatura bíblica en general, y del Génesis en particular, han contribuido a un nuevo reajuste de las dimensiones históricas de los textos y a una nueva conside-



ración de la literatura como reflejo de los tiempos en que fue escrita, más que como prueba de los hechos supuestamente acaecidos.

La cuestión de la historicidad del libro del Génesis se planteó sobre todo a propósito de la *historia de los orígenes* (Gn 1–11). A mediados del siglo XVII, los estudiosos no veían cómo concordar el relato bíblico de los orígenes del mundo y de la humanidad con lo que conocían de las antiguas civilizaciones caldea, egipcia y china, de donde dedujeron la existencia de una humanidad preadámica.

Un siglo más tarde, algunos autores introdujeron el término «mito» en el debate sobre el relato de los orígenes. Desde entonces se ha venido reafirmando el carácter mítico o la existencia de elementos míticos (paraíso, serpiente, árboles de la ciencia y de la vida [Gn 2–3], «seres divino-humanos» [Gn 6,1-4]) en la historia de los orígenes. Se ha notado cómo una serie de frases (cf. Gn 1,1; 2,4b.25; 3,1; 6,1.4; 11,1) trasladan las narraciones a otra época. Frases del mismo tenor aparecen en literaturas del mundo antiguo, en especial del antiguo Oriente Próximo. En este sentido, las narraciones de Gn 1–11 son equiparables a las de los pueblos del entorno, con la diferencia de que estas se mueven en un contexto politeísta y aquellas en uno monoteísta.

Distinto es el caso de las *historias patriarcales* (Gn 12–50). La cuestión de fondo consiste en saber hasta qué punto son históricamente fiables las informaciones transmitidas por las narraciones patriarcales. A mediados del siglo XX, muchos estudiosos atribuían gran valor histórico a las tradiciones patriarcales. Las conexiones entre estas y algunos documentos orientales extrabíblicos del segundo milenio a. C. –de Mari, Nuzi y Ugarit, sobre todo– les llevaron a apostar por una «época patriarcal» en el período señalado.

Los relatos patriarcales no reflejan la historia de los acontecimientos narrados, sino más bien la de la época de sus transmisores en el primer milenio, esto es, la época monárquica o la época exílica y postexílica.

Estudios posteriores pusieron serias objeciones contra la historicidad y la antigüedad del período patriarcal. En primer lugar, a los paralelos extrabíblicos del segundo milenio había que sumar otros del primero, de modo que algunos rasgos de los relatos patriarcales – nombres, costumbres, viajes, etc.– que cuadran bien en una época antigua pueden cuadrar igualmente en otra más reciente. En segundo lugar, las referencias a los caldeos (11,31; 15,7) o a los camellos (12,16; 24,10ss), por citar dos ejemplos bien conocidos, no encajan en el segundo milenio, por la sencilla razón de que los camellos aún no habían sido domesticados y los caldeos aún no existían.

Estas y otras razones han llevado a la mayor parte de los exégetas recientes a pensar que los relatos patriarcales no reflejan la historia de los acontecimientos narrados, sino más bien la de la época de sus transmisores en el primer milenio, esto es, la época monárquica o la época exílica y postexílica. En consecuencia, las informaciones transmitidas por las narraciones patriarcales son escasamente relevantes para la datación de los patriarcas, pero contienen datos importantes para la historia de la redacción del libro y para su mejor comprensión. La investigación actual ha abandonado la idea de una «época patriarcal» situada en el segundo milenio.

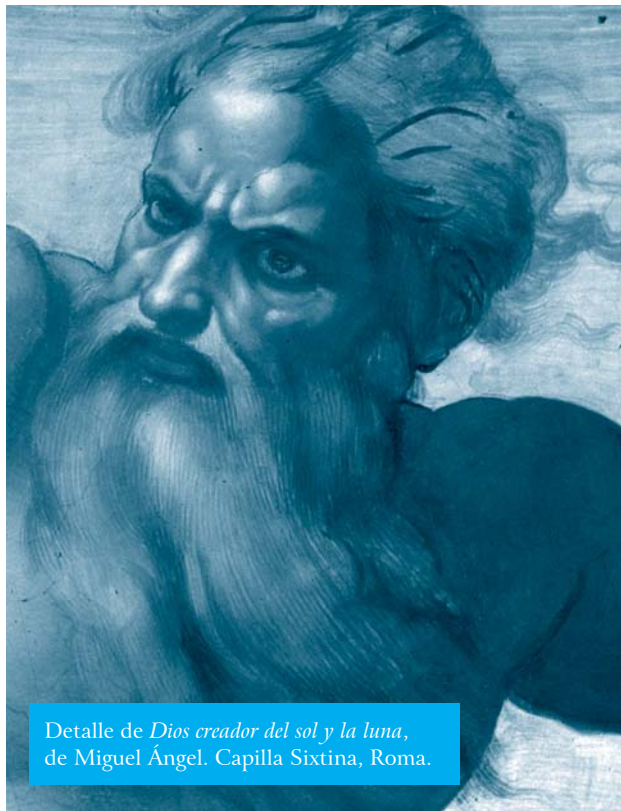
3. Un acontecimiento religioso

En cabeza del Génesis aparece la *creación* del mundo y del hombre. La afirmación «al principio, Dios creó el cielo y la tierra» (Gn 1,1) muestra que Dios es anterior a todo. Con la acción creadora comienza el proyecto de Dios. La creación es el acontecimiento fundamental del que parte la historia del mundo y de la humanidad.

La teología de la creación trazada en el Génesis no es simplemente un prelude de la historia de la salvación, sino que sostiene, impregna y abarca el conjunto de la revelación bíblica. En el Nuevo Testamento, la convicción de que todo cuanto existe es obra de Dios procede directamente del Génesis. Tomando pie de este libro, Juan inicia así su evangelio: «Al principio existía la Palabra. La Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir» (Jn 1,1.3). La melodía de la creación del universo suena, con muchas variaciones, desde los primeros capítulos de la Biblia hasta los últimos, coronada con la visión del nuevo cielo y la nueva tierra (Ap 21-22).

El Dios del Génesis es, además, *el Dios de la bendición y de la promesa*. Entre los temas teológicos del libro destacan ciertamente las bendiciones y las promesas divinas. Desde la perspectiva genealógica, la bendición de la primera pareja (1,28) adquiere una dimensión fontal para todo el género humano. En la genealogía de Adán (Gn 5) se comienza evocando la creación del ser humano a imagen de Dios y la bendición divina, para añadir que Adán engendró a Set «a su imagen y semejanza» (5,1-3 // 1,26-28). La genealogía del cap. 5 alude así a la transmisión de la imagen y de la bendición divina a través de los hijos, desde Adán hasta Noé. Se percibe aquí la función teológica de la genealogía. Dios bendice también a Noé y a sus hijos: Sem, Cam y Jafet (9,1). Sem conecta directamente, por un lado, con Noé y, por otro, con Téraj, padre de Abrahán. La historia de este comienza bajo el signo de la bendición y de la promesa. Cinco veces se repiten los términos «bendecir» y «bendición» en 12,2-3. Bendiciones de este tipo reaparecerán a menudo en Gn 12-50. Aunque Gn 12,1-3 denota un nuevo comienzo y las promesas-bendiciones patriarcales tienen sus propias características, la bendición de Abrahán se puede leer en relación con la bendición de la humanidad. También aquí se refleja la función teológica de las genealogías consistente en reafirmar la línea principal, la línea escogida por Dios.

El Dios del Génesis es también *el Dios de la alianza*. La alianza es una categoría vasta y compleja. Entraña una ideología y una práctica muy difundidas en el espacio y en el tiempo, de las que ha quedado constancia en numerosos textos bíblicos y extrabíblicos. La etimología y el significado de *berit*, término hebreo que se suele traducir por «alianza», son discutidas. Según algunos autores, *berit* significa «compromiso», «obligación»: 1) el compromiso u obligación que yo acepto; 2) el compromiso u obligación que yo impongo a otros; 3) la obligación o el compromiso mutuos. En opinión de otros, el significado originario de *berit* es el de «imposición» –de una carga– u «obligación».



Detalle de *Dios creador del sol y la luna*, de Miguel Ángel. Capilla Sixtina, Roma.

4. El comienzo y el final

Las alianzas se pueden establecer entre hombres y entre pueblos, sean o no iguales, entre Dios y los hombres, y entre Dios y su pueblo. Las alianzas *entre hombres y entre pueblos* se encuentran atestiguadas desde muy antiguo tanto en la Biblia como fuera de ella. Tal es el caso de las alianzas de Abrahán con Abimélec (Gn 21,22-34), de Jacob con Labán (Gn 31,43-32,1), de Israel con los siquemitas (Gn 34), por no citar más que algunos ejemplos del Génesis. Asimismo, en el antiguo Oriente eran frecuentes los pactos internacionales, de los que se han conservado numerosos protocolos.

La Biblia guarda muchos testimonios acerca de las alianzas *entre Dios y los hombres*, en especial entre Yahvé e Israel. La tradición se ha servido de la categoría de la alianza para designar las dos partes de la Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento o Antigua y Nueva Alianza. Merecen ser destacadas aquí las alianzas de Dios con Noé (Gn 9,8-17) y con Abrahán (Gn 15 y 17), de tipo incondicional, y la alianza de Dios con Israel, condicionada al cumplimiento de los mandamientos (cf. Éx 19; 24; 34).

Las alianzas entre naciones son anteriores a las alianzas de Yahvé con Israel. En consecuencia, cabe preguntarse si estas son una aplicación particular de aquellas, si los esquemas empleados en los tratados orientales han servido de modelo para expresar las relaciones entre Dios e Israel.

Un rasgo característico del Dios del Génesis es su preocupación por el ser humano en general y su predilección por sus elegidos en particular. Dios crea al hombre «a su imagen y semejanza», convirtiéndolo así en su representante en la tierra. Desde el momento mismo de la creación, Dios manifiesta una relación especial con el ser humano, que solo se verá alterada por el pecado. Cuando crece la maldad del hombre sobre la tierra, Dios decide borrarlo del mundo. Pero Noé, el justo, obtiene el favor de Dios (6,5-8). De él surge una humanidad nueva, en la que entroncan los antepasados de Israel. A través de Abrahán y sus descendientes, la promesa y la bendición alcanzarán a todas las familias de la tierra (12,3).

Al abordar los problemas hermenéuticos del libro del Génesis, G. von Rad escribe: «Lo que aquí [en el Génesis] se relata... puede ser leído tranquilamente para ejercitarnos con miras a la autorrevelación de Dios en Jesucristo» (*El libro del Génesis*, Salamanca, 42008, p. 52).

La sombra del libro del Génesis es alargada; tan alargada que se proyecta desde el comienzo hasta el final de la Biblia cristiana. En el libro del Apocalipsis se afirma expresamente del Cristo victorioso: «Su nombre es “la Palabra de Dios”» (19,13). Muchos son los nombres que se dan a Jesucristo en la Biblia. Los estudiosos les han dedicado no poco espacio para comentarlos. El nombre dado por el Apocalipsis a Cristo es uno de los de mayor calado e importancia.

A diferencia de lo que sucede en nuestra cultura, en la que los nombres solo sirven para identificar a los seres y distinguirlos de los demás, en la cultura bíblica el nombre tiene un significado especial. Con él se quiere expresar la realidad e identidad de los seres, su misma esencia. Por eso, cuando el Vidente de Patmos dice de Cristo que «su nombre es “la Palabra de Dios”» es como si dijera que lo esencial de Cristo es ser «la Palabra de Dios», la Palabra personal de Dios.

En el fondo, es lo mismo que dice Juan acerca de Jesucristo en el prólogo al cuarto evangelio: «Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios» (Jn 1,1). Este pasaje del evangelio nos remite, a su vez, al primer capítulo del Génesis, donde se presenta la palabra creadora de Dios (cf. lo dicho al comienzo del apartado anterior sobre este particular). Se tiende así un arco que va desde el comienzo hasta el final de la Biblia, esto es, desde el Génesis hasta el Apocalipsis o, si se prefiere, desde «el árbol de la vida» del Edén (Gn 2,9) hasta «el árbol de la vida» de la Jerusalén celestial (Ap 22,2).■